FIN DEL VERANO
RAY BRADBURY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

UNO. Dos. Los LABIOS DE HATTIE CONTARON LAS LARGAS Y lentas campanadas del reloj del pueblo, mientras permanecía acostada en silencio. Las calles dormían al son del reloj del centro cívico, que parecía una luna blanca levantándose, redonda y llena, para congelar con su luz el pueblo en ese final de verano. Su corazón palpitaba con ritmo agitado.

Saltó de la cama y contempló las avenidas vacías, los jardines oscuros y silenciosos. Abajo, la puerta del porche crujía al compás del viento.

Contempló su larga y oscura cabellera en el espejo, cuando se desató el apretado rodete de maestra y dejó que cayera sobre sus hombros. Pensó en la sorpresa que podrían llevarse sus alumnos: era tan largo, negro y brilloso. Nada mal para una mujer de treinta y cinco. Del placard, con las manos temblorosas, sacó sus paquetes ocultos. Lápiz de labios, maquillaje, lápiz para las cejas, esmalte de uñas. Tomó un vestido celeste pálido, vaporoso como una brisa. Se quitó su camisón de algodón y, sin dejar de pisotearlo con fuerza, se deslizó el vestido por los hombros.

Se aplicó perfume en las orejas, rouge en los labios nerviosos, se remarcó las cejas y se pintó rápidamente las uñas. Estaba lista.

Salió al corredor de la casa adormecida. Miró con temor hacia las tres puertas pintadas de blanco. Si se abrían ahora, ¿qué haría? Esperó, vacilante.

Las puertas permanecieron cerradas.

Sacó la lengua e hizo una mueca en dirección a cada una de las puertas.

Se dirigió escaleras abajo sin hacer ruido rumbo al porche iluminado por la luz de la Luna hasta salir a la serenidad de la calle.

El aroma de la noche de septiembre impregnaba todo el lugar. Bajo sus pies, el asfalto exhalaba un calor que trepaba por sus piernas delgadas y blancas.

"Siempre quise hacer esto." Arrancó una rosa roja para su cabello oscuro y se quedó un momento sonriendo mientras fijó la mirada en las persianas cerradas de la casa.

-Ni se imaginan lo que estoy por hacer -dijo. Giró y su vestido levantó vuelo.

Sus pies desnudos recorrieron silenciosos el sendero flanqueado por árboles, bajo los refulgentes postes de luz de la calle. Al mirar cada arbusto y cada cerco, se, preguntaba por qué no se le había ocurrido antes. Se detuvo en el césped húmedo sólo para sentirlo, fresco y espinoso.

El vigilante que hacía la ronda, el agente Waltzer, estaba caminando por la calle Glen Bay, cantando con su voz suave y triste de tenor. Cuando se acercó, Hattie se escondió detrás de un árbol y permaneció allí hasta que aquella espalda fornida y el canto se alejaron.

Cuando llegó al centro cívico, el único ruido que se oía era el sonido de sus pies desnudos sobre los peldaños de la oxidada escalera de incendios. En lo alto, sobre una saliente bajo la cara resplandeciente y plateada del reloj, extendió los brazos.

¡El pueblo dormía a sus pies!

Unos mil techos resplandecían con la nieve caída de la Luna.

Apretó los puños y le hizo muecas a la ciudad. Revoleó la falda de su vestido con un ademán desdeñoso que abarcaba las casas distantes. Bailó y rió en silencio y luego se detuvo para chasquear los dedos a los cuatro vientos.

Un minuto después, con los ojos relucientes, bajó y corrió por los mullidos jardines del pueblo.

Hasta llegar a la casa de los suspiros.

Se detuvo frente a una ventana y oyó las voces de un hombre y de una mujer en la habitación secreta.

Hattie se apoyó contra la pared y escuchó los suspiros, al tiempo que ella también suspiraba. Era como escuchar el suave aleteo de dos pequeñas mariposas atrapadas en la malla de un mosquitero. Se oía una risa suave y lejana.

Hattie apoyó la mano en la ventana. Su rostro tenía la expresión de quien está arrodillada ante un altar. Gotas de sudor brillaban sobre sus labios.

-¿Qué fue eso? -dijo una voz desde el interior. Al igual que la bruma, Hattie se esfumó.

Cesó su carrera cuando llegó junto a la ventana de otra casa.

Había un hombre en el baño iluminado, tal vez la única luz encendida en las casas del pueblo, afeitándose con cuidado el contorno de los bostezos de su boca. Tenía pelo negro, ojos azules y unos veintisiete años. Cada mañana llevaba a su trabajo en la playa de maniobras del ferrocarril una caja metálica llena de sándwiches de jamón para su almuerzo. Se secó la cara con la toalla y apagó la luz.

Hattie esperó detrás del gran roble del jardín, como una red, como la tela de una araña. *Oyó* la puerta del frente que se abría, las pisadas y el golpeteo metálico de su vianda. El aroma a tabaco y a jabón le anunciaron que ya estaba cerca.

Continuó caminando en dirección a la barranca, silbando. Ella lo seguía, ocultándose detrás de cada árbol, un blanco velo detrás de un olmo, una sombra de luna detrás de un roble. En un momento, él giró. Y ella se escondió justo a tiempo. Esperó; el corazón, palpitante. Silencio. Luego, los pasos reanudaron su marcha.

Silbaba la melodía de *June night.*

La luz en lo alto de la barranca proyectaba en forma de arco la sombra del hombre hacia abajo. Ella estaba a escasos dos metros de distancia, detrás de un viejo castaño. Él se detuvo pero no se volvió. Olfateó el aire.

El viento de la noche le acercó el perfume de Hattie, tal como ella lo había planeado.

Hattie permanecía inmóvil. Todavía no había llegado el momento de actuar. Se quedó apoyada contra el árbol, agotada por el palpitar de su corazón.

Tuvo la sensación de que había transcurrido una hora antes de que él se moviera. Podía oír cómo el rocío se ahogaba bajo la presión de sus zapatos. Sentía la fragancia cálida del tabaco y del jabón cada vez más cerca.

La tomó de la muñeca. Hattie no abrió los ojos. Él no dijo nada.

En algún lugar, el reloj del centro cívico anunció las tres de la mañana.

Su boca se acercó a la de ella con mucha suavidad.

Luego, los labios le acariciaron la oreja y la presión de su cuerpo la recostó contra el árbol. Él susurró. Así que era ella la que lo había observado en la ventana en las últimas tres noches. Le besó el cuello. Había sido ella quien (lo había seguido, sin dejarse ver, la noche anterior. La contempló por largo rato. Las sombras de los árboles caían suaves y frondosas sobre sus labios, sus mejillas, su frente y sólo se veía el brillo de sus ojos, vivos y resplandecientes. Era herbosa, ¿lo sabía? Y pensar que había imaginado que era un fantasma. Su risa fue sólo un débil suspiro en la boca. La miró y acercó la mano al bolsillo. Sacó un fósforo, para encenderlo, para verle el rostro, para reconocerla, pero ella le tomó la mano y se la sostuvo, con el fósforo apagado. Al cabo de un instante, él dejó caer el fósforo en el pasto húmedo.

-No importa -dijo él.

Ella no alzó la vista. En silencio, él le tomó la mano y comenzaron a caminar.

Sin dejar de mirar sus pies pálidos, ella lo acompañó hacia el borde de la fría barranca hasta llegar al silencioso arroyo, que acariciaba el musgo y los sauces.

Él dudó. Ella estuvo a punto de levantar la vista para confirmar que aún se hallaba a su lado. Estaban bajo la luz y ella mantenía la cabeza apartada, de manera que él sólo podía ver la brillante oscuridad de su pelo y la blancura de sus brazos.

-No tienes por qué dar ningún paso más, si no quieres. ¿De dónde vienes? Puedes volver corriendo a tu casa. Pero si huyes, no vuelvas. No voy a querer verte otra vez. No podría tolerar lo mismo, noche tras noche. Es tu oportunidad. Corre, si quieres.

La noche estival suspiró cálida y serena a través de la piel de Hattie.

Como respuesta, lo tomó del brazo y lo atrajo hacia sí.

A la mañana siguiente, cuando Hattie bajó las escaleras, encontró a la abuela, a tía Maude y a su primo Jacob con el cereal frío en las bocas apretadas. No les gustó cuando Hattie acercó su silla a la mesa. Hattie lucía un vestido recatado de cuello alto y falda *larga.* Llevaba el pelo recogido en un rodete tirante, la cara pálida, las mejillas y los labios despojados de color. Ya no tenía las cejas ni las pestañas pintadas. Las uñas, sin brillo siquiera.

-Te levantaste tarde, Hattie -dijeron todos, como si hubieran pactado decirle lo mismo en el instante en que ella se sentara.

-Lo sé. -No se movió de su silla.

-Es mejor que no comas mucho -dijo la tía Maude-. Son las ocho y media. Ya deberías haber llegado a la escuela. ¿Qué dirá el director? Lindo ejemplo da la maestra a sus alumnos.

Los tres la miraron.

Hattie sonreía.

-Nunca llegaste tarde en doce años, Hattie -agregó tía Maude.

Hattie no se movía; en cambio, seguía sonriendo.

-Más vale que salgas ya mismo -dijeron.

Hattie caminó hasta el hall para tomar su paraguas verde y se calzó el sombrero de paja adornado con una cinta, mientras la observaban. Abrió la puerta del frente y los miró durante largo rato, como si fuera a decir algo; sus mejillas, encendidas. Se aprestaron a escuchar. Hattie les sonrió y salió, dando un portazo.